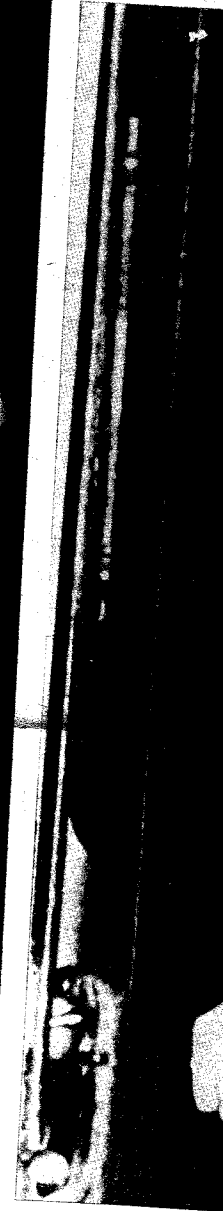




Izquierda: el general don F. Franco, de 67 años, liberador de España en todas las batallas. Subió al poder tras haber derrocado a la II República. Tres años después se proclamó democráticamente. Abajo: la España después de los cuarenta años de que había s...



EL MISTERIO DE "VASCO" ARAMBURU

Texto: ARMANDO R. PUENTE



EL 2 de febrero de 1931, Severino Di Giovanni, editor del periódico anarquista *Culmine*, era fusilado en la cárcel de Las Heras, en Buenos Aires. Cinco meses escasos antes, el general José Evaristo Uriburu había dado un golpe de Estado y derribado al Gobierno del anciano presidente Hipólito Yrigoyen.

Hubieron de transcurrir veinticinco años y fue preciso un nuevo general, Pedro Eugenio Aramburu, llevado al poder por otro pronunciamiento militar, para que se aplicara de nuevo en la República Argentina la pena capital: el 9 de junio de 1956, veintisiete obreros y ocho jefes militares fueron fusilados por haber intentado sublevarse para restablecer el régimen peronista. Entre los ejecutados figuraba el general Juan José Valle, un amigo de Aramburu, que era padrino de uno de sus hijos.

Catorce años más tarde, la desaparición de Aramburu sería la causa —y el pretexto— para que otro general, el actual presidente, Juan Carlos Onganía, restableciera la pena de muerte, que estaba legalmente derogada desde hacia medio siglo.

Casi a la misma hora que Aramburu desaparecía de su domicilio acompañado de dos hombres que vestían uniformes militares, el general Alejandro Lanusse, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, pronunciaba un discurso en el que recordaba, una vez más, que en junio de 1966 el Ejército había dado el golpe de Estado «para evi-

tar el caos y la anarquía y para crear las condiciones de una democracia efectiva en un clima de orden, de justicia y de libertad».

La semana pasada el objetivo parecía inalcanzable para una gran parte de los 24 millones de argentinos, atemorizados ante la escalada de violencia y represión iniciada en Corrientes, Rosario y Córdoba un año antes, a la que los últimos acontecimientos ponían un nuevo y dramático acento.

Los hijos del «Che» Guevara

Desde el 1.º de enero de 1970 habían sido asaltados 17 cuarteles y comisarías y 36 Bancos. Los autores de estos atentados no eran vulgares delincuentes, sino hombres y mujeres audaces —y educados— que dejaban siempre, al marcharse, una tarjeta de visita: las siglas PV («Perón Vuelve») y una leyenda repetida: «Armas para el pueblo. No se oxidarán en sus manos».

El más osado de los golpes fue el llevado a cabo el 12 de abril en Tigre, en el delta del Plata. A las cuatro de la mañana de aquel domingo, un hombre y una mujer se presentaron en el chalet donde se encuentra instalado el cuartel de la Prefectura Naval Argentina. El hombre vestía uniforme de la policía y la mujer llevaba en brazos lo que parecía un niño. El hombre pidió a los adormilados marineros de guardia ver al oficial de servicio. Cuando éste se presentó, la mujer dejó asomar entre los pañales una negra metralleta. Su compañero encañonó con la pistola de reglamento a los tres marineros mientras que la sala de guardia se llenaba de golpe con otros nueve hombres y una mujer, todos ellos armados.

Los integrantes del destacamento fueron maniatados y los cables telefónicos cortados. Los asaltantes se marcharon llevándose 15 metralletas, 5 fusiles, 6 revólveres, 2 pistolas lanzagases, 17.000 proyectiles de diverso calibre, una docena de uniformes y —peligroso símbolo de desviacionismo intelectual— hasta una máquina de escribir. Detrás de ellos quedó el símbolo inevitable PV («Perón Vuelve»).

Esa misma semana fueron asaltados dos cuarteles de policía de localidades de los alrededores de

aficionados, embriagados, ratura guerrillera, se apall de una emisora de metrallas y otros tantos, mes, ante la mirada curiosa chiquillos, que habían de jugar a la pelota en la calieron en la pared «Armas pueblo. Comando "Che" G y se marcharon en una ca. Se habían olvidado de teléfono e ignoraban las e las formas de maniatar queden los boys scouts, lo que sultó fatal: los coches patinterceptoraron a poca distetuvieron a 16 obreros y tes que declararon pertene grupo trotskista llamado Revolucionario de Trabajo.

Al día siguiente, seis h cuatro minifalderas actu mayor precisión. Sirvién equipos transmisores por de cuatro automóviles, y buenos modales de sus p res, detuvieron en sus d al gerente, al contable y rero del Banco Norte, en dad de Don Torcuato. Lu perfección logística, rob 30 millones de pesos (6 m pesetas) que guardaba fuerte.

Ese mismo día, tres m dos hombres asaltaron la de un barrio de Córdoba y ron las armas, dejando su «Comando Eva Perón». H tarde, cinco individuos, uniformes de la policía, un destacamento del C Tráfico, en las afueras de tal, y se llevaron un mag media docena de pistolas.

A principios de mayo, e no respondió a tales golpe do una ley que establece l orales, con escasos recurs lación, para los delitos de aérea y marítima, atenta presentantes extranjeros ción a la rebelión, uso inc uniformes, secuestros, ince nencia ilícita de armas, a asociación ilícita, resisten autoridad e incitación al del trabajo de los funcion blicos. Con la ley el Gob peraba amedrentar a la revolucionaria. Proseguía calada legal iniciada cuan los partidos políticos (19 que siguieron la ley que re actividades comunistas (censure cinematográfica ley de defensa civil (1969) clamación —hace ya un estado de excepción en t rritorio nacional, que lle cito la suspensión de dere dadanos, entre otros la l prensa.

Al publicarse la última l riodista preguntó al mi Justicia, Conrado Etcheva



ministro. No iba a morir en un mes cuando, a raíz de la desaparición del ex presidente Aramburu, la pena de muerte fue restablecida.

El secuestro como una de las bellas artes

Los tupamaros —los más imaginativos y disciplinados guerrilleros urbanos— fueron los que pusieron en práctica, a partir de 1964, en el hasta entonces pacífico Uruguay, el atraco a los Bancos como sistema para recaudar fondos para la revolución y el secuestro como medio para obligar al Gobierno a poner en libertad a presos políticos. Pero fue preciso esperar cinco años, hasta septiembre de 1969, para que los comandos que dirige el oficial brasileño Carlos Lamarca, secuestraran en Río de Janeiro al embajador norteamericano Charles Burke Elbrick y lo retuvieran hasta que el Gobierno puso en un avión, camino de México, a una variopinta selección de presos políticos, entre ellos una monja. Es que los subdesarrollados tienen que arrimarse a la sombra de los poderosos si desean alcanzar la popularidad.

Desde entonces hubo una decena más de secuestros —en Uruguay, Brasil, Guatemala y la República

Democrática—, algunos pasaron inadvertidos, incluso el del ministro de Asuntos Exteriores de Guatemala, hasta que a principios de abril fue raptado el embajador alemán, conde Karl von Spreiti, y asesinado cuando el Gobierno guatemalteco se negó a rescatarlo al precio de 22 guerrilleros.

La muerte del diplomático descubrió a los europeos que Guatemala vive en un clima de guerra civil desde hace seis años, desprestigió a su Gobierno, que tardamente mostraba una fuerza que no le permite sin embargo ofrecer una garantía mínima a los representantes diplomáticos extranjeros, y dio lugar a innumerables comentarios, atribuyendo a los guerrilleros iberoamericanos el invento de los secuestros políticos, con total olvido de que es un recurso largamente utilizado a lo largo de la historia.

Diez años antes, otro alemán, Adolf Eichmann, fue secuestrado en Buenos Aires por un comando judío y después ejecutado en Tel Aviv.

Aun antes, en 1956, los servicios secretos de la III República francesa secuestraron en pleno vuelo un DC 3 de la compañía Air Atlas, en el que viajaban los dirigentes del Frente de Liberación Nacional, FLN, argelino, entre ellos Ben Bella, Mohamed Khider —años más tarde asesinado en Madrid en circunstancias que nunca se han aclarado—, Ait Ahmed y Budiaf. Posteriormente, los servicios secretos franceses, esta vez bajo el Gobierno de De Gaulle, secuestraron en Munich, y se llevaron hasta París, al coronel Argoud.

Ben Barka fue secuestrado y asesinado en París, y Moisés Tshombé, secuestrado cuando volaba sobre las Baleares, murió hace unos meses en una prisión de Argelia.

Los comentarios en estos casos fueron distintos a los que se hacen cuando se trata de secuestros y asesinatos en los países iberoamericanos. Es lógico. Adolf Eichmann era un nazi y un criminal de guerra; los jefes del FLN aún no habían logrado la independencia de Argelia; Argoud era un dirigente de la OAS; Ben Barka, un socialista marroquí y Tshombé, un político congoleño que resultaba ya inútil.

La hora de los paralelos

En la República Argentina, la moda de los secuestros, realizados por nativos y no por comandos israelitas, tardó en llegar hasta el 24 de marzo último, cuando fue raptado, en la puerta del hotel de Buenos Aires, el señor Waldemar Sánchez, un oscuro cónsul del Paraguay en la lejana localidad de Ituzaingó (provincia de Corrientes).

El Frente Argentino de Liberación, organización hasta entonces desconocida en la selva de corpúsculos revolucionarios criollos, propuso el canje de Waldemar Sánchez contra dos jóvenes revolucionarios: Carlos Della Nave y Alejandro R. Baldú, amenazando, en caso contrario, con asesinar al cónsul. Dalle Nave, que según sus abogados había sido torturado, se negó a cambiar los aires de la celda por los del exilio. La policía informó que Baldú era un delincuente común que se estaba buscando desde hacía meses. El no lo desmintió; está muerto.

El Gobierno se negó a negociar con los secuestradores. Dio una prueba de firmeza aprobada por las «mayorías silenciosas», angustiadas por la escalada de la violencia. Cuatro días más tarde, Waldemar Sánchez apareció barbudo, pero intacto, y nunca más volvió a oírse hablar del Frente Argentino de Liberación.

Al día siguiente, un grupo de hombres intentó secuestrar al ingeniero Yuri Pivovarov, uno de los agregados comerciales de la Embajada soviética en Buenos Aires, en el momento que entraba en su garaje. Una serie de circunstancias impidieron borrar del censo de los vivos a un comunista: la resistencia puesta por el diplomático, que forcejeó con los asaltantes; el que un cabo de la policía que hacía la ronda pasara casualmente por allí e hiciera frente a los integrantes del comando, hiriendo a uno de ellos; finalmente, el que, en el momento que salían del garaje, una camioneta del Ejército los interceptara, hiriendo a otros dos. Un nuevo grupo, el Movimiento Argentino Nacionalista Revolucionario, se atribuyó el hecho. Como la organización ultraderechista guatemalteca de las mismas siglas, MANO, advirtió que iba a aplicar la ley del Talión: por cada persona que secuestraran los rojos, raptaría a un comunista.

El inconveniente es que poco después no se pudo ocultar que uno de los asaltantes heridos era el subinspector de policía Carlos Benigno Balbuena y que otro funcionario del cuerpo había desaparecido.

fue el embajador soviético Yuri Volski: protestó reglamentariamente ante el ministro de Relaciones Exteriores y aceptó las vagas explicaciones, dando el incidente por terminado.

Algunos periodistas atribuyeron los secuestros del cónsul paraguayo y del diplomático soviético a servicios secretos, no siempre coordinados ni totalmente controlados, que funcionan en Argentina según los esquemas ideados por los «barbuzos» de la época de De Gaulle. Probablemente se trata de una de las interpretaciones maquiavélicas a las que son dados tantos periodistas porteños, pero es evidente que el beneficiario final del primero de los sucesos, ruidoso e incruento, fue el general Juan Carlos Onganía, que ahora se proponía presentar ante la Organización de Estados Americanos su política de firmeza como la fórmula a seguir por todos los gobiernos del continente en casos semejantes.

El vasco no vuelve a casa

La desaparición del general Pedro Eugenio Aramburu vino a modificar esos planes. El 29 de mayo, a las 9 y cuarto de la mañana, un «Peugeot 504» blanco se detuvo ante el portal del número 1.053 de la calle Montevideo, en el aristocrático barrio Norte de Buenos Aires. Un hombre alto, que vestía uniforme de capitán, y otro con el capote reglamentario de los oficiales de alta graduación descendieron del automóvil y entraron en el edificio. El «Peugeot», con otros dos individuos que vestían ropas civiles, entró en el garaje de la casa, «Orden del Comando en Jefe», dijeron al empleado.

Los dos hombres uniformados llegaron al octavo piso y entraron sin dificultad en el departamento del ex presidente, recibidos por la dueña de la casa, doña Sara, que les ofreció una taza de café y escuchó que iban a custodiar a su marido «por razones de seguridad». Luego los dejó a solas con Pedro Eugenio Aramburu, quien cinco minutos más tarde salió de la casa, escoltado por los dos visitantes. Los alumnos del elegante Colegio Champagnat vecino y los obreros que trabajaban en la acera, instalando una nueva conducción de gas, los vieron pasar sin que nada les llamara la atención. El empleado del garaje vio llegar al ex presidente serio y cabizbajo, mientras los hombres que lo acompañaban charlaban con alegre desenvoltura. Sólo después, cuando salió el Peugeot, meditó con extrañeza que Aramburu, siempre tan cortés, no lo hubiera saludado como acostumbra.

Aquella tarde se difundió la noticia de la desaparición. El primero en atribuirse el secuestro fue un «Comando Militar Generación Tacuara»; luego un «Comando Cabral» que dijo integrar las Fuerzas Armadas Peronistas; más tarde un «Comando Juan José Valles», que reivindicaba para sí el nombre hispánico de «montoneros», de tan honda tradición en las guerras civiles del siglo pasado, en lugar del de guerrilleros que ahora se ofrece

Buenos Aires s una caldera hirviente que se prolongará los días. Los somnolientos de una guerra civil de los círculos políticos ron la más grande de habla castellana, manteniendo su línea movilizó la Policía, la Prefectura y vicios de información. Los hombres comienzan a registrar, día y noche, rincones de la ciudad de fabricación norteamericana. 16 hombres fuertes como se emplean brevolaban en la capital, a caer, como en la china, sobre los esquemas de patrulla de cruces y efectuaban registros. Las lanchas navegaban a un gigantesco de color por el laberinto que llenar de islas del río. Se interrogaron en las casas, se abrieron y panteones. Una selección de ex presidentes Aramburu seguía sus pasos a lo largo de aquél de suspense se haciendo cambios en pública.

El secuestro fue principio a uno de los grupos que bullen en la capa peronista. Los montoneros del «Comando José Valle» reiteraron sus pedidos, depositados sobre los altares de las tumbas o los lavabos de los cafés. En todos ellos se veían los rostros federales y la ineficacia («Perón Vuelve»).

El Comunicado N.º 10, dado al tercer día, impresionó a los federales: describía los hechos personales que llevaba a cabo el secuestro, cuando desapareció Aramburu, un manojito de papeles, un calendario, una medalla del Ejército de Infantería, que fue entregada por el general José Valle cuando Aramburu fue rector general del Ejército. Aramburu, acuartelamientos desde 1955, en los últimos días del régimen peronista.

El comunicado del Ejército revolucionario fue leído y condenado a muerte por Aramburu después de que se aclarara «responsabilidad» de dos decretos, en los que se autorizó a ocho altos oficiales a ocho altos oficiales (José Valle) y a 27 civiles. Aramburu, en su intento de legitimar el Gobierno legítimo, añadía que sería ejecutado a una fecha y hora aún no determinada, enterrado religiosamente. El cuerpo sería entregado a una vez que se devolviera el cuerpo argentino el cuerpo de la compañera Eva Perón. Aramburu, ver fue profanado el cuerpo de 1955 por orden de «Perón Vuelve», como de costumbre el Comodoro 4, que llevaba a Aramburu en junio y estaba dirigente de la Nación». Decía que la conducción de los comuneros que hoy

Fecha: 29 de mayo, 9,15 de la mañana,
portal del número 1053 de la calle
Montevideo, residencia de Aramburu,
en el aristocrático barrio norte
de la capital. Este es el piso, el octavo
edificio, del ex presidente secuestrado.



Izquierda: policías armados en el sector bonaerense,
de donde proceden las llamadas y mensajes
de los raptos. Veinte mil agentes y unidades militares
intervienen en la búsqueda del general Aramburu.

genio Aramburu. Que Dios Nues-
Señor se apiade de su alma.
ción o muerte. Viva la Patria.
fontoneros.»

Leña fuerte

La dramática declaración no fue
epor la opinión pública,
quiera por el presidente Juan
rlos Onganía, que horas después
dirigió a la nación para anun-
r que había restablecido la pena
muerte. Onganía atribuyó la
saparición de Aramburu —en
ngún momento dijo que hubiese
erto— a «una torpe maniobra
l extremismo ideológico que en
cala continental golpea todas las
nteras de América». Explicó que
ría y calculadamente» se preten-
«desatar la guerra entre her-
anos y hundir a la Argentina en
confusión y la anarquía. Este es
modelo con el que pretenden ga-
r nuestra Universidad, gobernar
sindicatos, quebrantar nuestra
idad espiritual y destruir las
erzas Armadas y nuestro estilo
vida».

La lectura de la ley sobrecogió
los argentinos. Ninguno recorda-
una terminología férrea como
uella. Serán condenados a muer-
por fusilamiento, decía, «los que
asionen la muerte o lesiones gra-
s a otras personas; los que aten-
n contra buques, aviones, cuarte-
y comisarias; los que se sirvan
galmente de uniformes para co-
cter delitos graves». Serán con-
nados a penas de 5 a 25 años los
e, conociendo a los responsables
uno de los anteriores delitos, no
denuncien o los que los ayuden
eludir su responsabilidad.

«Este es el camino que el país
cesita. Nos hace falta una mano
ra, que sepa dar palos y garro-
zos, para meter en vereda a esos
cledenos criminales», comentó un
ustrial. Reflejaba la opinión de
minorías silenciosas.

Dos estudiantes sostuvieron la

que estén metidos en el asunto di-
fícilmente resultarán afectados, pe-
ro como el Gobierno necesitará jus-
tificarse agarrará a cualquiera que
pase por la esquina. A ése le baja-
rán la caña y lo meterán 20 ó 30
años en cana. Crecerá el descon-
tento y la represión hasta crear
las condiciones revolucionarias».

El abogado peronista Rodolfo
Tercera de Franco opinó que «la
forma de acabar con el terrorismo
no esa esa, sino restablecer las
libertades políticas».

Otro abogado, Hipólito Solari,
que trabaja en la CGT, se lamentó
que no se empleara el mismo rigor
contra los delincuentes comunes.
«Mucha leña a los terroristas, pero
los estafadores del pueblo, los que
defraudan a las gentes vendiéndo-
les pisos que nunca se construyen,
ésos andan sueltos».

¿Quién mató a Virginia Woolf?

Al cabo de una semana de la de-
saparición de Aramburu, todos los
argentinos condenaban el hecho y
se preguntaban quiénes eran real-
mente los autores

Cada cual tenía su hipótesis:

1.ª **AUTOSECUESTRO:** los libe-
rales iban a dar un golpe de Esta-
do para lo que habían decidido sa-
car a su jefe de la circulación a
fin de conmover a la opinión pú-
blica y, al mismo tiempo, ponerle
a salvo.

2.ª **PROVOCACION DE LA DE-
RECHA NACIONALISTA,** para en-
frentar al Gobierno de Onganía
con las Fuerzas Armadas.

3.ª **VENGANZA DE LOS PERO-
NISTAS,** que culminaría el nueve
de junio, aniversario del fusila-
miento del general Valle.

4.ª (y última). **GOLPES DE**

tenidos y crear las condiciones re-
volucionarias.

Los comunistas, a través del ór-
gano clandestino «Nuestra Pala-
bra», estigmatizaban a los gueri-
lleros en un editorial titulado «Ese
no es el camino», en el que repe-
tían una argumentación conocida:
«La experiencia mundial muestra
que el aventurerismo y el terroris-
mo llevan a un callejón sin salida
y que, en última instancia, hacen
el juego a la reacción. Todo se
puede hacer con las masas; nada
al margen de ellas».

Los Comandos Civiles Revolu-
cionarios, que junto con las Fuerzas
Armadas derribaron a Perón, opi-
naban que los peronistas no tenían
nada que ver con el secuestro de
Aramburu: «Los tiempos han apa-
ciguado las viejas pasiones; hoy es
posible el diálogo. Sólo los extre-
mistas pueden sacar ventaja de
que se reaviven antiguos odios. Hoy
raptan a Aramburu y quieren cul-
par de ello a los peronistas. No nos
extrañaría que mañana pretendie-
ran hacer lo mismo con una per-
sonalidad peronista y trataran de
culparnos a los Comandos Civiles».

Jorge Paladino, delegado perso-
nal de Perón, condenó el secuestro
en nombre del Movimiento Justi-
cialista. Lo mismo hizo su prede-
cesor, el mayor Pablo Vicente, exi-
liado en Montevideo y ahora líder
de una facción peronista. Las
Fuerzas Armadas Peronistas repi-
tieron la condena desde la clan-
destinidad y la CGT lo hizo públi-
camente. Radicales, conservadores
y dirigentes de la Federación Uni-
versitaria Argentina —FUA— re-
pidieron también el secuestro.

¿Quiénes eran entonces los res-
ponsables de la desaparición del
ex presidente?

El ex diputado radical Silvano
Santander, uno de los más viru-
lentos opositores del régimen per-
onista, dijo: «Dos días antes del se-
cuestro circulaban versiones de
que iban a ser detenidos algunos
jefes militares, supuestos partici-
pantes de un complot. Visité a mi

al único que puede favorecer
el secuestro es al Gobierno».

El general Pedro Eugé-
buru —67 años— había
do en silencio hasta dic-
pasado año, cuando se
ra presidir un Gobier-
nal que llamaría a ele-
bres. Su condición de mi-
garantía para las Fuer-
das— y su prestigio e-
conservadores y liberales
cuerdan que en 1958 ent-
der a su enemigo, Arturo
cumpliendo así su palab-
vertían de nuevo en una
nacional». Hombre de la
dia con amigos en los m-
brados núcleos financieros
con buenos servicios pre-
Iglesia; poco brillante, e-
extremismos, reúne —
muchas de las caracter-
argentino medio de nu-

Fue peronista cuando
peronista y a la sombra
que lo llamaba «el vas-
cendió rápidamente en
militar: general en 1951
militar en Río de Janei-
director de la Escuela
en 1953, jefe del Estado
1955. En septiembre de
cuando el país se volvió
comprometió a sublevar
ción de Curuzú Cuatiá, e-
miento para derribar a
casó en el intento, mien-
general Lonardi se cons-
mo libertador en Córdoba
ses más tarde, apoyado
Marina en el cenit de
y por el abogado Edua-
que representaba a poder-
pos económicos, expulsó
del sillón presidencial.

Dejó a su viejo amigo
rante Isaac Rojas, el par-
tico del gorila, que sólo
momentos decisivos. Cua-
le comunicó la determi-
fusilar a su amigo y cor-
general Juan José Valle
treintena de peronistas,
có diciendo: «La toleran-
sido tomada por debili-

ARAMBURU

tico al entregar, condicionado, el Gobierno a Arturo Frondizi en el año 1958. Salió así, a hombros, de la Casa Rosada, donde había entrado por la fuerza.

Cuando vio que Frondizi iba a caer, le pidió la renuncia. Para entonces era ya un prócer de la democracia, respetado en todo el continente. Creyó llegada la hora de ser el presidente constitucional y se presentó como candidato de un partido que creó, la Unión del Pueblo Argentino. Obtuvo 1.300.000 votos; lo sobrepasó el anciano médico cordobés Arturo Illia, con el apoyo de los votos peronistas.

Cuando el general Juan Carlos Onganía derribó al doctor Illia

«para evitar el caos y la anarquía y restablecer la democracia», Aramburu guardó silencio. Un silencio que rompió sólo hace unos meses, al ofrecerse como «la salida».

Su desaparición agigantó su figura y dio lugar a que sus enemigos, desde los peronistas al Gobierno, condenaran el secuestro. A medida que pasaban las horas, el riesgo de que desencadenara una guerra civil era cada vez menor, pero el misterio se hacía más denso y se iba convirtiendo en una bomba retardada de terrible poder destructor el día que se encienda la mecha del escándalo.

A. R. P.

CARTA DEL PROFESOR ARA

El ilustre médico don Pedro Ara, retratado en Madrid para «G. i.», en su domicilio. Su nombre está unido al episodio histórico del peronismo. (Foto: Luis H. Calderón.)

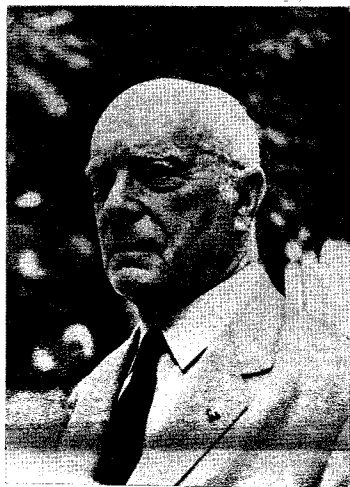


Foto: CALDERON

Señor Director:

Mucho le agradezco la atención de consultarme al preparar una información referente a un asunto en el que intervine como técnico años atrás.

Mi intervención fue regulada por un convenio con las autoridades argentinas entonces vigentes; y, fuera de la técnica, no tuve nada que ver, por mi parte, con ninguna clase de política interna, a cuyas variantes soy totalmente ajeno; aunque, como es natural, desee que en todo momento prevalezca la que mayores beneficios pueda reportar a ese gran país al que empecé a servir en 1925 y al que estimo como propio. Todo lo que pueda tener importancia en mi actuación fue tramitado documentalmente con las autoridades correspondientes, tanto del régimen que, sin solicitarlo ni desearlo, me hizo el honor de contar conmigo para un asunto de tan grave responsabilidad, como del que lo sustituyó en 1955. En mi opinión, no hay por qué volver sobre él.

Aparte de mi poco apego a la publicidad, en otros escritos he dado las razones por las cuáles no rectifico ni comento lo que otros escriben por su cuenta con buena o con mala intención —como tampoco lo hicieron elevadas personalidades argentinas igualmente aludidas y hasta mal tratadas— pues el poner a punto lo que

dad de nuestras ideas y acciones y de nuestra intimidad y el respeto debido a las conversaciones privadas es, igualmente, un bien deseable y por casi todos deseado. Por otra parte, no es admisible entre los médicos el sacar de la esfera científica o profesional lo que hacen con sus pacientes vivos o muertos; y, por tanto, los eminentes profesores argentinos militantes o simpatizantes de ambos bandos políticos en pugna, que controlaron y aprobaron mi trabajo, hicieron muy bien reservando sus informes al plano oficial.

A veces, el publicista es sorprendido o engañado por desaprensivos que, impulsados por inconfesables motivos, tratan de aprovecharse; como, por ejemplo, en el caso de mi supuesto control de medicamentos en vida de la enferma, absurdo que no cabe en cabeza regularmente organizada, con el cual fue sorprendida la buena fe de la revista «Time» de Nueva York, en 1955 o 1956. Luego, como ocurre con otras truculencias, el disparate impreso va pasando de unos a otros como artículo de fe, a no ser que sea el mismo reo que lo inventó quien siga explotándolo, junto a otros engendros, Dios sabe con qué fines.

Cuando yo crea oportuno el escribir sobre algún asunto que me concierne, no duden de que lo haré por mi cuenta y a mi manera, libre

OTRA GRAN EXCLUSIVA

Gaceta
ILUSTRADA

Una gran serie sobre el futuro

Utilizando un complejo equipo de sociólogos, arquitectos, periodistas, dibujantes, maquettistas, proyectistas y fotógrafos, publicación de una serie de gran valor el futuro de nuestro país

UNA SERIE DE EXTRAORDINARIOS REPORTAJES

MADRID (dos capítulos, publicados en los números 605 y 607)

VALENCIA (publicado en el número 608)

ZARAGOZA (publicado en el número 609)

BARCELONA (dos capítulos, publicados en los números 653 y 654)

MALAGA (publicado en el número 655)

BILBAO (dos capítulos, publicados en los números 681 y 682)

LA CORUÑA (publicado en el número 683)

SEVILLA (publicado en el número 684)

ASTURIAS (primer capítulo publicado en el número 713, y segundo en el número 714)

ESPAÑA FUTURA (serie de reportajes dedicados a Población, Agricultura, Industria y Comunicaciones y Ocio)

Reportajes escritos y dibujados por:
Mario Gaviria (sociólogo)
Françoise Sabbah (ilustradora)
Juan Manuel García (ilustrador)
Dibujos: Antonio H. Calderón
Fotos: Calderón
Coordinación: Alvaro

Durante semanas no sucesivas, GACETA ILUSTRADA publicará los restantes capítulos hasta completar la serie de reportajes, ampliamente documentados, que el lector interesado puede adquirir al igual que en otras ocasiones, y con el fin de que lo deseen puedan encuadernar este documento. Se da la numeración correlativa de los capítulos (aparte de las numeraciones ordinarias de cada número de «G. i.»), que podrán ser separadas mediante corte a voluntad.